

Reseñas

HENRY A. KISSINGER, *Diplomacy*, Nueva York, Simon & Schuster, 1994, 912 pp.

HENRY A. KISSINGER, *La diplomacia*, trad. Mónica Utrilla, México, FCE, 1995, 919 pp.

Dijo alguna vez George Bernard Shaw, aforista incomparable: "Hay dos tragedias en la vida. Una consiste en perder lo que el corazón más desea. La otra, en conseguirlo." En las primeras páginas de su más reciente libro, *Diplomacy*, publicado ahora en español por el FCE, Henry Kissinger se hace eco de las palabras del dramaturgo para ilustrar el dilema que encara hoy la potencia hegemónica en el arreglo mundial de la posguerra fría: realizado ya su principal anhelo en la política internacional —el derrumbe del bloque socialista—, Estados Unidos se enfrenta al tipo de orden que tantos de sus gobernantes rechazaron —un mundo movido menos por principios abstractos y retórica ideologizada que por genuinos intereses nacionales; un mundo sostenido ya no por el equilibrio del terror, característico de la guerra fría, sino por un equilibrio de poder efectivo. Para Kissinger, quien siempre se ha sentido más cómodo con las duras premisas del realismo político, el debilitamiento relativo de la influencia estadounidense en el mundo invita, en este fin de siglo, a la conformación de un orden más apegado a verdaderas necesidades geopolíticas.

Con esta y otras reflexiones sobre el futuro que aguarda a los estados nación en el "nuevo orden internacional", Kissinger abre —y cierra— su monumental revisión de la historia diplomática. No es casual que su libro, *La diplomacia*, empiece y termine con meditaciones sobre el papel actual y futuro de Estados Unidos: el ex secretario de Estado considera a su país como el sucesor moderno de la Francia del siglo XVII, la Gran Bretaña del XVIII, y la Austria y Alemania decimonónicas. Chauvinismos aparte, entre las reflexiones iniciales y las finales, Kissinger realiza un formidable recorrido por la historia de los órdenes internacionales que se han sucedido hasta la fecha: desde el nacimiento del sistema moderno de estados, en el siglo XVII, hasta el orden mundial que hoy empieza a dibujarse, pasando por el mundo conservador del concierto europeo del siglo pasado, y los arreglos internacionales de los periodos de entreguerra y posguerra en el siglo que ahora acaba. Así, da cuenta de la lenta gestación del sistema internacional que hoy nos es tan familiar, retrata vividamente a sus más importantes parteros —el cardenal De Richelieu, el príncipe Von Metternich, Otto von Bismarck, Woodrow Wil-

son, Franklin D. Roosevelt, por mencionar sólo a los más obvios— y describe los acontecimientos que lo han ido moldeando —la Guerra de los Treinta Años y la paz de Westphalia, la Revolución francesa y el Congreso de Viena, las dos guerras mundiales y los acuerdos que les siguieron, la guerra fría y su desenlace.

En su ambiciosa revisión de más de tres siglos de quehacer diplomático, el análisis de Kissinger es tan agudo como extenso. La disyuntiva que enfatiza en su segundo capítulo, donde confronta las nociones de política exterior de Theodore Roosevelt con las de Woodrow Wilson, determina el tono del resto del libro. Dicho de otra manera, la tensión que ahí subraya entre el realismo del primero y el idealismo del segundo se convierte en el eje de su mirada crítica de la historia internacional. A lo largo de su recuento, Kissinger distingue a los líderes que se ciñieron a las demandas de la *raison d'état* y el interés nacional en la conducción de su política exterior —entre ellos Richelieu, Metternich, Bismarck, Palmerston, Stresseman, Churchill... ¡y Richard Nixon!— de aquellos a quienes el idealismo, cuando no la mera ineptitud, cegaron ante las necesidades geopolíticas —desde Napoleón III hasta William Clinton, incluyendo a líderes como Wilson, Neville Chamberlain y John F. Kennedy. Huelga decir que Kissinger, hijo dilecto de la escuela de Hans Morgenthau, reserva su deferencia para los primeros (entre los cuales él mismo se incluye, como puede verse en el recuento de sus épocas como demiurgo de la política exterior de Nixon y Ford).

Pero ahí donde el enfoque realista da al libro su agudeza crítica, lo expone también a más de una réplica. Lo que hay de objetable en los postulados de la *realpolitik* lo hay, abundantemente, en *La diplomacia*. El hecho, por ejemplo, de convertir la política internacional en un asunto exclusivo de las élites, o la deliberada omisión de prácticamente cualquier consideración de política interna. El desprecio mostrado aquí por aquellos estados incapaces de figurar entre los poderosos es igualado sólo por el profundo escepticismo relativo a la funcionalidad de los organismos internacionales. Sorprende que Kissinger se obstine en describir el complicado mundo contemporáneo en los mismos términos descarnados con que evoca al mundo restaurado del Congreso de Viena. Lo cierto es que, al irse aproximando su narración al momento presente, le resulta cada vez más difícil “leer” la historia internacional como asunto restringido a estadistas capaces, por un lado, y alfeñiques idealistas, por el otro. Acaso porque el mundo de la política internacional se ha vuelto más complejo; tal vez, también, porque nunca fue tan sencillo como la perspectiva histórica de Kissinger —o la de cualquier autor que intenta someter más de tres siglos de historia a unas 900 páginas— nos puede hacer creer.

A más de una verdadera cátedra de historia internacional, *La diplomacia* parece ser, en muchos sentidos, un “espejo de príncipes”. Útil tanto a futuros gobernantes como a ávidos cliófilos, el libro no deja de ofrecer al lector recomendaciones reminiscentes de aquellos tratados renacentistas: “Una de las principales tareas del estadista es...”, o “una nación no debe...”. En este caso, el peso específico de las prescripciones de Kissinger descansa no sólo en su reputación como académico estudioso de la política internacional, autor de obras tales como *Un mundo restaurado*,¹ sino, sobre todo, en su experiencia como uno de los más conspicuos practicantes de la diplomacia durante los años setenta. Como quincuagésimo sexto secretario de Estado de Estados Unidos

¹ Henry A. Kissinger, *Un mundo restaurado. La política del conservadurismo en una época revolucionaria*, trad. Eduardo L. Suárez, México, FCE, 1973, 438 pp.

(1973-1977), Kissinger fue corresponsable de la política exterior estadounidense en una era de hechos tan cardinales como la triunfal reapertura de China o el bochornoso fin de la guerra en Vietnam.

Como contrapunto a su sesudo escrutinio del pasado, resulta muy interesante ver a Kissinger —convertido de pronto en juez y parte— batallando con la historia de sus propios actos. Al detallar las vicisitudes de su gestión como secretario de Estado, Kissinger no puede evitar justificar algunos de sus malogros: “la política exterior a menudo exige decidir entre opciones imperfectas”; o bien, “los funcionarios no están en libertad de escoger el momento de prestar servicios a su país, ni las tareas que les aguardan”. Fustigando a sus críticos de entonces y ahora, exclama: “si la historia fuera tan sencilla como el periodismo”. Como diplomático, Kissinger se concede la gracia y tolerancia que niega a tantos de sus antecesores y sucesores. “¡Lástima que en Vietnam nada fuera tan fácil como parecía!”, se lamenta, como si sólo él y su satanizado Comandante en Jefe hubieran tenido que lidiar con un mundo difícil. Revisados ahora por su protagonista, los años de Kissinger como hacedor de política exterior se circunscriben a las grandes estrategias y escenarios internacionales: la diplomacia triangular y la guerra en Indochina. ¿Y el resto del mundo? En una lógica típicamente realista, se le menciona sólo cuando es el escenario de disputas entre potencias mundiales. ¿De Chile y Salvador Allende? Naturalmente, ni una palabra.

Suscríbase o no esta provocativa interpretación de la historia, no hay duda de que se trata de un libro fundamental para especialistas e interesados en la política internacional de antes y de ahora. Ya por el amplísimo periodo que cubre, ya por las lecciones de realismo aplicado que brinda, bien vale una cuidadosa lectura. La elegante y mordaz pluma de Kissinger vuelve su lectura amena y disfrutable (la traducción es decente, con la excepción de algunas escandalosas erratas *compromise* no sólo no significa lo mismo que compromiso; puede significar lo contrario). Las imágenes que lo ilustran, así como los exquisitos mapas desplegados incluidos en la edición del FCE, invitan a la vista a realizar su propio recorrido por algunos de los momentos que han determinado el devenir histórico.

Escribe Kissinger:

Los intelectuales analizan las operaciones de los sistemas internacionales, los estadistas las construyen. Y hay una gran diferencia entre la perspectiva de un analista y la de un estadista. El analista puede escoger el problema que desee estudiar, mientras que los problemas del estadista se le imponen. [...]. El analista no corre riesgos. Si sus conclusiones resultan erróneas, podrá escribir otro tratado. Al estadista sólo se le permite una conjetura; sus errores son irreparables.

Para beneficio de los lectores, *La diplomacia* amalgama las dos perspectivas: la del académico, teórico e historiador de las relaciones internacionales, y la del que decide, ex secretario de Estado, ex asesor en seguridad nacional y Premio Nobel de la Paz (1973). Tal vez sea esa su principal virtud, y acaso ella convierta esta controvertida obra en la más importante de Kissinger hasta la fecha.

ÁNGEL GURRÍA QUINTANA